



BOLETÍN DEL CLERO
DEL
OBISPADO DE LEÓN.

ENCÍCLICA
DE SU SANTIDAD EL PAPA LEÓN XIII
A los Arzobispos, Obispos al Clero y á
todos los católicos de Francia.

A Nuestros venerables hermanos los Arzobispos y Obispos, al Clero y á todos los católicos de Francia.

Venerables hermanos.

Queridísimos hijos.

En medio de las solitudes de la Iglesia universal, muchas veces en el curso de Nuestro Pontificado Nos hemos complacido en dar á Francia y á su noble pueblo testimonio de Nuestro afecto y estimación. Y solemnemente hemos querido dar á conocer todo el fondo de nuestra alma en lo referente á este asunto en una de Nuestras Encíclicas, presente aún en la memoria de todos. Esta estimación y afecto ha mantenido viva Nuestra atención, haciéndonos meditar sobre el conjunto de los hechos tan pronto consoladores como tristes que entre vosotros se han desarrollado en el transcurso de muchos años. En la actualidad, ¿cómo no conmovemos con vivo dolor ante la influencia de la vasta conspiración realizada por ciertos hombres para aniquilar en Francia el Cristianismo, y la animosidad que manifiestan para la realización de sus deseos, pisoteando las más elementales

nociones de libertad y de justicia y los inalienables derechos de la Iglesia católica? Y cuando vemos aparecer una tras otra las funestas consecuencias de tan culpables ataques que tienden á la ruina de las costumbres, de la Religión y aún de los mismos intereses políticos prudentemente comprendidos, ¿cómo expresar las amarguras que nos inundan y los temores que nos asaltan? Por otra parte, Nos sentimos en alto grado consolados cuando vemos á este mismo pueblo francés redoblar su afecto y su celo para con la Santa Sede, á medida que se ve más abandonado, ó mejor dicho, más combatido sobre la tierra. En repetidas ocasiones, llevados por un profundo sentimiento de Religión y de verdadero patriotismo, los representantes de todas las clases sociales han acudido á Nós desde Francia, complaciéndose en atender á las incesantes necesidades de la Iglesia, deseosos de pedirnos luz y consejo para estar seguros de que, en medio de las presentes tribulaciones, no se apartarían en lo más mínimo de las enseñanzas del Jefe de los creyentes. Y recíprocamente Nós, ya de viva voz, ya por escrito, hemos manifestado abiertamente á Nuestros hijos lo que tenían derecho de pedirle á su padre. Y lejos de arrastrarles á la desesperación, les hemos de exhortar firmemente avivando su amor y animando sus esfuerzos para la defensa de la fé católica y la de su patria al mismo tiempo; deberes éstos de primer orden, á los que no puede nadie sustraerse en esta vida.

Y aún hoy día, Nós creemos oportuno, todavía más, necesario, elevar de nuevo la voz para exhortar vivamente no sólo á los católicos, sinó á todos los franceses honrados y sensatos, para que, rechazando tolo germen de disentimientos políticos, consagren únicamente sus fuerzas á la pacificación de su patria. Todos comprenden el valor de tal pacificación, y todos hacen por ella ardientes votos. Nós que la deseamos más que nadie, porque somos el representante en la tierra del *Dios de la paz* (1), invitamos por las presentes Letras á todas las almas rectas, á todos los corazones generosos á que Nos secunden para convertirla en estable y fecunda.

Antes que todo, tomemos como punto de partida una verdad

(1) *Non enim est dissensionis Deus, sed pacis* (I Cor. XIV.)

notoria, suscripta por todo hombre de buen sentido, y elocuentemente proclamada por la historia de todos los tiempos, á saber: que la Religión, y sola la Religión, puede crear el lazo social; que ella sola basta para mantener sobre sólidos fundamentos la paz de una nación. Cuando diversas familias, sin renunciar á los derechos y á los deberes de la sociedad doméstica, se unen, por inspiración de la naturaleza, para constituirse en miembros de otra familia más vasta, llamada sociedad civil, no buscan sólo los medios de encontrar el bienestar material, sinó que sobre todo aspiran por tal medio á conseguir su moral perfeccionamiento. De otro modo, poca diferencia existiría entre la sociedad y una agregación de seres irracionales, cuya vida sólo consiste en la satisfacción de los instintos sensuales. Hay más todavía: sin este perfeccionamiento moral no fuera difícil demostrar que la sociedad civil, lejos de ser para el hombre, considerado como tal, una ventaja, venía á obrar en detrimento suyo.

Por lo tanto, la moralidad en el hombre por el solo hecho que debe harmonizar tan diversos derechos y deberes tan distintos, puesto que entra como elemento en todo acto humano, supone necesariamente á Dios, y con Dios, á la Religión, lazo sagrado cuyo privilegio consiste en unir con prioridad á otro lazo alguno, al hombre con Dios. En efecto, la idea de moralidad supone ante todo un orden de dependencia con relación á la verdad, que es la luz del alma, y con relación al bien, que es el fin de la voluntad: sin la verdad y sin el bien no hay moral digna de tal nombre. ¿Y cuál es, por lo tanto, la principal y esencial verdad origen de todas las verdades? Dios. ¿Y cuál es, la bondad suprema, de la que todo bien se deriva? Dios. ¿Y cuál es, por fin, el creador y conservador de nuestra razón, de nuestra voluntad, de todo nuestro sér y el fin mismo de nuestra vida? Siempre Dios. Por consiguiente, puesto que la Religión es la interior y exterior expresión de esta dependencia que á Dios debemos, á título de justicia, se deduce y se impone una grave consecuencia: todos los ciudadanos están obligados á aliarse para mantener en la nación el verdadero sentimiento religioso, y para defenderle si es necesario cuando una escuela atea, á pesar de las protestas de la naturaleza y de la historia, se esfuerce en arrojar á Dios de la Sociedad, segura por este medio de aniqui-

lar bien pronto el sentido moral en el fondo mismo de la conciencia humana. No puede existir discordancia alguna sobre este punto entre los hombres que no han perdido la noción de honradez.

Entre los católicos franceses el sentimiento religioso debe ser todavía más profundo y universal, puesto que tienen la dicha de pertenecer á la verdadera Religión. Si las creencias religiosas en todas partes sirvieron siempre de base para la moralidad de las acciones humanas y para la existencia de toda sociedad bien ordenada, es evidente que la Religión católica, por el mismo hecho de que es la verdadera Iglesia de Jesucristo, más que toda otra posee la necesaria eficacia para regular perfectamente la vida de la sociedad y del individuo. Si es necesario algún ejemplo brillante, la Francia misma nos lo ofrece. A medida que progresaba en la fe cristiana, veíasela gradualmente subir hasta conseguir aquella grandeza moral que alcanzó como potencia política y militar. Y es que á la generosidad nativa de su corazón vino á añadir la caridad cristiana un manantial fecundo de nuevas energías; es que su actividad maravillosa había encontrado como acicate, luz directiva y baluarte á la vez de su constancia, esta fe cristiana que por mano de Francia trazó tan gloriosas páginas en los anales del género humano. Y aún hoy día no continúa su fe añadiendo glorias nuevas á las pasadas glorias? Se la ve, inagotable de genio y de recursos multiplicar sobre su propio suelo las obras de caridad; se la admira viéndola partir á lejanos continentes para propagar, con su dinero, con los trabajos de sus misioneros y aún con el precio de su propia sangre, el renombre de Francia y los beneficios de la Religión católica. Ningún francés, sean cuales fueren sus convicciones, osará renunciar á tales glorias; eso fuera renegar de la patria.

La historia de un pueblo revela de un modo irrevocable cuál es el elemento generador y conservador de su grandeza moral, y cuando le falta este elemento, ni el exceso del oro, ni la fuerza de las armas podrán salvarle de su decadencia moral, tal vez de la muerte. ¿Quién no comprende, por lo tanto, la solicitud y sumo cuidado con que deben velar por la conservación de la Religión católica los franceses que la profesan, y con tanto más entusiasmo cuanto que entre ellos es objeto el Cristianismo de las

más implacables hostilidades por parte de las sectas? En este terreno no pueden permitirse ni indolencia en la acción, ni división de partidos: la primera acusaría un abandono indigno de un cristiano; la segunda fuera causa de una debilidad desastrosa.

Y aquí, antes de ir más lejos, Nos es necesario señalar una calumnia, astutamente propalada, para hacer responsables á los católicos y aún á la misma Santa Sede, de odiosas imputaciones. Preténdese que la inteligencia y vigor de acción inculcados á los católicos para la defensa de su fé, tienen como secreto móvil, no el de salvar los intereses religiosos, sinó el de procurar á la Iglesia *la dominación política del Estado*.—Realmente esto es querer resucitar una calumnia bien antigua, porque su invención pertenece á los primeros enemigos del Cristianismo. ¿Nó fué acaso formulada desde luego contra la adorable persona del Redentor? Sí; se le acusaba de obrar con miras políticas cuando iluminaba las almas con su predicación y cuando aliviaba los sufrimientos corporales y espirituales de los desgraciados con los tesoros de su bondad divina. *Hunc invenimus subvertentem gentem nostram, et prohibentem tributa dare Caesari et dicentem se Christum regem esse.* (Luc. XXIII.)

Si hunc dimitis, non es amicus Caesaris: omnis enim qui se regem facit contradicit Caesari... Non habemus regem nisi Caesarem. (JOAN XIX, 12-15.)

Estas amenazadoras calumnias fueron las que arrancaron á Pilatos la sentencia de muerte contra Aquel á quien repetidas veces había declarado inocente.

Los autores de tales mentiras y de otras de la misma fuerza, nada omitieron para propagarlas por medio de sus emisarios, como San Justino, mártir, reprochaba á los judíos de su tiempo.

Tantum abest ut poenitentiam egeritis, postquam Eum a mortuis resurrexisse accepistis, ut etiam... eximiis delectis, viris, in omnem terrarum orbem eos miseritis, qui renunciarent haeresim et sectam quamdam impiam et iniquam excitatam esse a Jesu quodam galileo seductore. (Dialog. cum Trypone.)

Al difamar con tanta audacia al Cristianismo, ya sabían lo que hacían sus enemigos; su plan era el de suscitar contra su propagación un adversario formidable, el imperio romano. Si-

guió su curso la calumnia, y los paganos, en su credulidad, llamaban á porfía á los cristianos *seres inútiles, ciudadanos peligrosos, facciosos, enemigos del imperio y de los emperadores* (1).

En vano los apologistas del Cristianismo, por medio de sus escritos, y los cristianos con su buena conducta, trataron de demostrar cuán criminales y absurdas eran tales calificaciones: no se dignaron tan sólo escucharles. Su solo nombre significaba para ellos una declaración de guerra; y los cristianos, por el simple hecho de ser cristianos, y no por otra causa, se veían forzosamente colocados en esta alternativa: ó la apostasía ó el martirio. Los mismos agravios y los mismos rigores se renovaron más ó menos en los siglos posteriores cada vez que hubo Gobiernos celosos sin motivo de su poder y animados de malévolas intenciones contra la Iglesia. Siempre presentaron ante el público el pretexto de las pretendidas invasiones de la Iglesia en el Estado, para dotar al Estado de ciertas apariencias de derecho en sus crueldades y violencias contra la Religión católica.

Hemos tenido que recordar por medio de algunas líneas lo pasado, para que no se desconcierten los católicos en lo presente. La lucha, en sustancia, es siempre la misma: siempre Jesucristo puesto en pugna con las contradicciones del mundo; siempre los mismos procedimientos, puestos en práctica por los modernos enemigos del Cristianismo; procedimientos antiquísimos en el fondo, apenas modificados en la forma; pero también debemos emplear asimismo nosotros los mismos medios de defensa, claramente indicados á los cristianos de los tiempos presentes por nuestros Apologistas, nuestros Mártires y Doctores. Lo que hicieron ellos nos incumbe á la vez hacer á nosotros. Pongamos ante todas las cosas la gloria de Dios y de su Iglesia: trabajemos para ella con efectiva y constante aplicación, y dejemos el cuidado del triunfo á Jesucristo, que nos dice: *Os veréis oprimidos en el mundo; pero tened confianza: yo he vencido al mundo* (2).

Para conseguir esto, como hemos hecho notar, es necesaria una verdadera unión, y si queremos lograrlo, es indispensable

(1) Tertull. *In Apolog.* — Minutius Félix, in Octavio.

(2) *In mundo pressuram habebitis: sed confidite, ego vici mundum.* Joan XVI, 33.)

apartar todas las preocupaciones capaces de disminuir ó aminorar la fuerza y eficacia. Con esto, Nós hacemos principal alusión á las divergencias políticas de los franceses con relación á la conducta que deben guardar para con la actual República; cuestión que deseamos tratar con la claridad que reclama la gravedad del asunto, partiendo de los principios y descendiendo á consecuencias prácticas.

Diversos son los Gobiernos políticos que se han ido sucediendo en Francia en el curso de este siglo, y cada uno de ellos ha revestido su forma distintiva: imperios monarquías y repúblicas.

Afirmándose y fundándose en abstracciones, podría llegarse á definir cuál es la mejor de estas formas consideradas en sí mismas; se puede afirmar claramente con toda verdad que cada una de ellas es buena, con tal que procure marchar con dirección á su fin; esto es, que esté encaminada al bien común para el que se ha constituido la autoridad social. Conviene añadir, finalmente, que desde un punto de vista relativo, puede ser preferible tal ó cual forma de Gobierno, según se adapte mejor á las costumbres ó al carácter de tal ó cual nación. En este orden especulativo de las ideas, los católicos, como todo ciudadano, tienen plena libertad en la preferencia de una ú otra forma de Gobierno, en virtud precisamente de que ninguna de estas formas sociales se opone por sí misma á la sana razón ni á las máximas de la Doctrina cristiana.

Esto basta para justificar plenamente la prudencia de la Iglesia, cuando en sus relaciones con los poderes políticos hace abstracción de las formas que les diferencian para tratar con ellos acerca de los grandes intereses religiosos de los pueblos, sobreponiéndose á todo otro interés. Nuestras anteriores Encíclicas han expuestos ya estos principios; era necesario recordarlos para el desarrollo del objeto que hoy nos ocupa.

Si descendemos del terreno de las abstracciones al terreno de los hechos, no debemos renegar de los inquebrantables principios anteriormente establecidos.

Sólo al encarnarse en los hechos revisten un carácter de contingencia, determinado por el medio á que se aplican. O de otra manera: si cada forma política es buena por sí misma y puede

ser aplicada al gobierno de los pueblos, no se encuentra de hecho en todos los pueblos constituido el poder político bajo la misma forma; cada uno posee la propia. Esta forma nace del conjunto de circunstancias históricas ó nacionales, pero siempre humanas, que hacen aparecer y surgir en una nación sus tradiciones y sus leyes fundamentales; por éstas se encuentra determinada tal forma particular de gobierno, y esta ó aquella base de transmisión de los poderes supremos. (Se continuará.)



SUSCRIPCIÓN abierta en el obispado de León para atender á las apremiantes necesidades de la Santa Sede.

	<i>Rs. Cs.</i>
<i>Suma anterior</i>	7696 28
El Ecónomo y feligreses de Pozuelos del Rey según lista.....	51 40
El Ecónomo D. Manuel Sarmiento 8 rs. Manuela Zorita 20. Felisa Zorita 10. Lino Villada 4. Asociación de Hijas de María 2,20. Eustaquio Barrio 1. Manuel León 1,20. Quinidio Rodríguez 1. Gregorio Zorita 1. Francisco Montañés 1. Dionisio Bolado 0,40. Julián Sanzo 0,40. A las puertas de la Iglesia 1,20.	
El Párroco y algunos feligreses de Villabasta según lista.....	33 "
El Párroco de Villabasta y su Madre 20 rs. Juan González Valdeón 4. Juliana Salinas 2. Victoriano Rodríguez 2. Jacinto de la Puebla 2. Antolín de la Puebla 1. Angela Noriega 2.	
El Ecónomo y feligreses de Santa Eulalia de Valdeón.....	50 "
El Párroco y feligreses de Soto de Valdeón según lista.....	81 "
El Párroco de Soto de Valdeón 20 rs. Santiago González 4. Basilio Cuevas 2. Vicente Rivoto 2. Otros varios feligreses 53.	
El Párroco de los Valdesogos.....	30 "
El Párroco de Mantinos.....	100 "
D. José Rueda, Párroco.....	20 "
» María Bueno.....	4 "
» Felipa Alonso.....	4 "
Cuatro feligreses de Grulleros.....	2 "
El Párroco y algunos feligreses de Cuadros.....	40 "
El Ecónomo de Villafrea.....	8 "
D. ^a Elena Guerrero.....	" 60
» Francisca id.....	3 "
Los feligreses de Boca de Huérgano.....	22 "
El Párroco y feligreses de La Mata de Monteagudo.....	17 60
El Párroco de Coladilla y Vegacervera y algunos feligreses.....	50 "
D. Alejo Pascual, Canónigo de la Colegiata de San Isidoro.....	20 "
El T. Arcipreste y Párroco de Villamuñío y algunos feligreses.....	24 "
El Párroco y algunos feligreses de Cuvillas de los Oteros según lista.....	64 80
D. Esteban Pérez, Párroco 20 rs. Fernando López, Médico 4. Antonio Curieses, Alcalde 4. Angel Curieses 4. Bonifacio Mendo a 4. Casiano Fernández 3. Mariano Melón 2. Joaquín Nava 2. Dámaso Liébana 2. Andrés Rodríguez 2. Manuel Marcos 1,20. Recogido en el platillo 16,60.	
D. Pascual Morán.....	8 "
Una persona piadosa.....	10 "
<i>Suma</i>	8339 68